

el que hace una mano adorada para alzar un fanal movable y un rostro al dibujar una franca sonrisa, ante la contemplación de la inmensidad.

Y allí, en el espacio ni muy reducido para ser cárcel, ni demasiado amplio para que inspire tedio, se dilata el hogar, para que los niños puedan jugar aspirando el olor de las rosas campestres y de las brisas columpiadas en sus lechos de espumas, y las mujeres puedan asomarse sin menoscabar su recato, y los enamorados, suspirar solitarios *as noites de luar doctísimo*, y los viejos leer en las tardes grisáceas las obras inmortales de Rosalía y Curros, ó deleitarse con la admirable prosa, regeneradora del castizo romance, de Valle Inclán, de Linares Rivas, de Vicenti, de Pérez Lugín, de Valcarce y los cien escritores que son ornamento y galardón de la literatura netamente española.

¡Oh, galerías prodigiosas! Para el viandante sois el misterio; es decir, el encanto, el prodigio, el vello-cino de nubes azules, tanto más deseado cuanto nunca se ha de alcanzar. Yo llevaré á otras tierras más áridas y desconsoladas, de vosotras un místico recuerdo, y en las horas de añoranzas y de abatimiento melancólico, os veré con los ojos cerrados, diamantinas, transparentes, bañadas por la luz de la Luna, impregnadas de brisas empapadas en nieblas, soñando que detrás de vuestros ventanales hay una mujer ideal que alínea con casto y espiritual abandono

*os seus cabellos, com'ouro enxebre.*

La Coruña.

### LAS CANÉFORAS

Acaban de ser concedidas en La Coruña las dos primeras licencias municipales para ejercer el oficio penoso de mozo de cordel. ¡Cómo!, se dirá: ¿no hay en Coruña demandaderos? Sí, amigos míos: hay demandaderos, porteadores, «palanquines»; lo que se llama literalmente «mozos de cuerda», no. En Madrid, el mozo de cuerda es un desgraciado racional de carga, una especie de Atlante, sobre cuyos hombros se coloca todo aquello que le parece bien al particular que lo utiliza, y que lo mismo transporta un aparador, que dos baúles, que un juego de armarios. Aparte esta poco desembarazada ocupación, llenan las calles hombres de las más bizarras indumentarias, cargados á lomo con los bultos más graves y diversos. Las gentes suponen que todos son gallegos. «Cargar como un gallego», es un modismo tradicional, aunque, á decir verdad, son muy pocos los hijos de Galicia que echan sobre los hombros fardos, muebles, sacos y mercaderías.

En Coruña no ocurre tal. Los equipajes de mediano volumen, como los de grandes medidas cúbicas, son transportados en carros ó en la imperial de los carruajes-ómnibus. Cuando son de número escaso ó pequeños, van colocados sobre un armatoste con dos largueros á modo de varas y dos pequeñas ruedas y transportados así, empujados por manos no siempre masculinas. Cargar grandes masas sobre los hombros queda para los héroes de circo y, alguna vez, para los mozucos del muelle. El gallego no es

una acémila, y jamás gusta de caminar agobiado, sino recto y erguido; tiene un instinto de superioridad étnica que sólo pierde lejos de su país, cuando la miseria y la injusticia de sus semejantes lo colocan en condiciones de notoria inferioridad.

En cambio, las mujeres, haciendo gala de un vigor que es orgullo legítimo de la Raza, llevan por campos y ciudades pesos que abrumarían á más de un aficionado á los deportes. Pero no colocan estos objetos nada livianos sobre su espalda, como las pasiegas, ni mucho menos sobre sus caderas, como las castellanas. La pelvis de la mujer es sagrada; es el arca de la fecundidad, que no puede ser deformada por el esfuerzo inútil. La mujer gallega lleva todo sobre su cabeza. Lo mismo si se trata de una pieza de tela sutil que de un gran cesto de pescado ó de fruta, es la cabeza la que aguanta la presión con una impasibilidad y una fortaleza que asombraría á los pocos en Anatomía. Porque el cráneo es más fuerte de lo que se supone, y puede sufrir un peso muy considerable, cuando este peso gravita por igual sobre las grandes apófisis óseas y es llevado sin oscilaciones ni sacudidas de un modo premeditado y hábil.

Que tal costumbre no estorba al crecimiento, lo pregonan la estatura media de la mujer gallega, muy superior á la de otras regiones y aun á la varonil de las provincias de Toledo, Soria y Guadalajara. No sería prudente jurar que tal hábito puede ser rigurosamente higiénico; pero, desde luego, tampoco es profundamente nocivo, porque no es sólo el peso, sino su colocación lo que le hace de conducción penosa y, en la cabeza, ni aplasta músculos delica-

dos ni gravita sobre un solo punto. Únicamente pudiera padecer la cerviz si no lo evitara una habilidad que jamás la desvía de la posición vertical, condición muy necesaria, por otra parte, para conservar á la mercancía su equilibrio y aplomo.

Y es maravillosa la soltura, la majestad, la helénica gracia con que las «marusiñas» llevan sobre la frente sus vasijas, sus cestos de mimbre, sus cajas de pescado, sus útiles y menesteres de todo género. No pueden ser comparadas sino á las hembras semidivinizadas á que Grecia llamó «caneforas» é inmortalizaron los mármoles de Policeto y los frisos del Partenón. Como ellas, tienen las porteadoras galaicas la armonía de líneas, el ritmo de la marcha, el suelto ademán, la figura erguida, la gracia incomparable. Mujeres de rostro curtido por el aire y la luz de los campos, agobiadas por la edad y el esfuerzo, avejentadas por los sufrimientos implacables, caminan esbeltas, ágiles, olímpicas; son las nuevas canéforas, que llevan sus ofrendas al moderno dios Pan, á nuestro señor todo el mundo; que no se inmutan ni ante la lluvia, ni ante el vendaval, ni en la adversidad, ni en el infortunio, y, que, en los días de bienandanza, aportan los sabrosos manjares de sus predios á los habitantes de la ciudad y retornan con el pienso para los ganados ó los abonos para los maizales, y, en las épocas desventuradas, conducen los restos de su miseria ó el producto de sus brazos torneados y hercúleos como los útiles del propio sacrificio. Siempre resignadas, perpetuamente valerosas, perdurablemente severas y dignas; porque saben que hay que ayudar al varón cuando permanece en la tierra nativa, ó sustituirlo cuando emigra, y sacar adelante á los ra-

paces, que han menester de todo el esfuerzo y cariño maternal.

Y por eso, desde muy pequeña, la mujer gallega se acostumbra á llevar sobre su cabeza las herradas lucientes y bien proporcionadas, como ánforas, ó el cestillo tejido de mimbreras, que recuerda los capiteles de las viejas acrópolis. Y son de ver entonces las delicadas y tiernas rapazas, graciosas, gallardas en su andar desembarazado de antílope, con su trenza bajo el pañuelo de vivos colores, su justillo, su falda plegada con instinto pictórico y sus pies descalzos ó encerrados en primorosas zuecas. Eclipsan á las canéforas mismas porque no necesitan elevar sus brazos para sostener la cantarilla, el cesto ó la caja de los utensilios, sino que los dejan caer encerrados en sus mangas amplias de lino inmaculado y oscilar en gracioso columpio, mientras los pies avanzan, fuertes, ágiles, animosos, seguros de no descomponer con sacudidas innecesarias el ritmo de los movimientos ni el soberano plasticismo de una figura digna de ser reproducida sobre las canteras de Paros por el más inspirado y docto cincel.

Y, á su lado, marchan por la ciudad las pescaderas, lanzando su grito gutural sobreagudo, que termina con una nota grave y semitonada como una breve y expresiva lamentación. Y con ellas se cruzan las aprendizas de los talleres, figulinas ataviadas con arreglo á los últimos modelos extraños, que no desdennan, sin embargo, cuando son precisas las manos para saludar á sus conocidos, en poner sobre su cabeza el retal, sin alterar por eso su perfil, digno de ser reproducido en anversos de medallas de Clunia.

He aquí las modernas canéforas, plenas de espiritualidad y de unción. Allá en los tiempos anteriores al esplendoroso siglo de Pericles, sólo se colocó sobre la cabeza lo que era sacrosanto y propio de los dioses y de las aras. No ha cambiado, en verdad, la esencia de las cosas, y por ello me inspiran reverencia las ánforas modernas, las cajas de madera y los cestos tejidos de mimbres. Sobre la frente de la mujer gallega, todo es sagrado.

### LOS RAPAZUELOS

Luengos y dilatados días viva quien, no ha muchos, lamentóse en estas columnas del exceso en La Coruña de chiquillería pululante y aun maleante. Un gran cronista coruñés—no sé si Tella ó Fernández Flórez—escribió un más que donoso artículo, cuya síntesis pudiera encerrarse en estas palabras: Dios dijo á los humanos: «Creced y multiplicaos»; pero no «Creced y elevaos á potencias.» Á fe que no habrá de apurarse Europa, después de la guerra, por la escasez de nuevas generaciones. ¿Tienen las naciones beligerantes sino acudir á La Coruña? Ella les henchirá las medidas enviándoles seis ó siete millones de rapaciños de los que, sin duda, cobija el caserío, á juzgar por los que tropiezan con el viandante desde la estación á los altos de María Pita.

¡Oh, y cuán sana alegría me produjo la irónica hipérpole! Por si algo le faltaba para ser soberana,

incomparable, única, Coruña es la ciudad de los niños, como lo es Milán de los pájaros y Venecia de las palomas. ¡Los niños! ¡Pero si nada hay más subyugador y atractivo! Yo los adoro, entre otras razones, porque no son hombres. Son la esperanza, la promesa, la alegría, la fecundidad. Los que no somos bastante divinos para dejar que vengan á nosotros, debemos ir á ellos, con la risa en los labios y las manos llenas de ofrendas. ¡Gloriosa ciudad la que es toda un hogar maternal y un enorme falansterio infantil! De ella será el reino de la Tierra y la república de los cielos. Ella, si es pecadora, será salva; si es destruída, será reedificada, como una nueva Jerusalén.



Un admirable Boletín de la estadística municipal, tan completo que no lo tienen más detallado las capitales de más alta importancia, nos dice que, en el último mes de Mayo, hubo en la ciudad ciento y ochenta nacimientos, y que sólo murieron cuarenta y ocho menores de cinco años. Esta última cifra parece, en verdad, excesiva; pero, en París, en época normal, mueren antes de los cinco años el 35 por 100 de los niños nacidos; en algunas capitales de España, el 40, y en Madrid, ¡el 52! ¿Qué significa, pues, ese 27 por 100 de La Coruña? Esta cifra demuestra que una de las causas de que haya en la capital de Galicia muchos niños es, aparte la poderosa fecundidad de la raza, fuerte y vigorosa, el saber los padres cuidarlos, porque la puericultura aquí es instintiva. Esa misma estadística, al agrupar por distritos las defunciones, demuestra que, sin la miseria de los barrios

extremos, á remediar la cual acuden ya todas las energías sociales. Coruña tendría una mortalidad infantil insignificante. ¡Tener muchos hijos y saber cuidarlos! ¿Hay blasón más limpio en algún otro pueblo? Decir que una ciudad tiene muchos niños es declarar que merece tenerlos. ¿No es este el argumento que se da en favor de las razas de más vigorosa fecundidad?

Y luego, los rapaciños gallegos... no son, no, como los niños de otras regiones, atolondrados, impulsivos, rebeldes, tocados á cada instante de «o mal do demo». El niño gallego, singularmente el campesino, en fuerza de hallarse en contacto con la Naturaleza ubérrima, simbólica, mística, es más tierno, más sensible, más pronto á identificarse con el misterio eterno de las cosas, á elevarse al presentimiento de lo absoluto y de lo eterno. Es más reflexivo que en las comarcas meridionales. Todo el mundo sabe que, aunque no por ley, por la naturaleza, pudiera gozar de la mayoría de edad á los diez y siete años. No parece sino que, desde pequeñuelo, se ha percatado de que, sobre su raza, pesa una grande, una abrumadora injusticia, y que esta presciencia, unida á la unción que inspira el culto de la Naturaleza inmortal, da á su espíritu una elevación seria y digna á ninguna otra comparable.

Quien escribe estas líneas conserva una colección muy interesante de instantáneas fotográficas obtenidas en la región por viajeros observadores y perspicaces. En ellas hay muchos repaciños, todos serios, graves; pero al mismo tiempo, no decaídos, sino fuertes, vivaces y animosos. Ninguno baila el «two steep» agitando los codos: son rapaces gallegos de

veras. En una instantánea se ve á un niño que apenas cuenta siete abriles quieto delante de una yunta, pensativo, apoyado en su aguillada como un César en su mandoble; parece ensoñar con leyendas de grandeza y de poderío, mientras rumian los bueyes pacíficos, en cuyas pupilas enormes, dignas de ser cantadas por Lecomte de L'Isle, parecen también resplandecer azulados embrujamientos de hadas feiteceiras; en otra, una diminuta rapaza lleva sobre su cabeza la ferrada, con ese desembarazado y majestuoso andar bíblico que únicamente pueden comunicar á sus retoños los pueblos elegidos. Y en todas, la infancia gallega se muestra reflexiva, adivinadora. Aquí se representa en un zagalillo que apoya su barbilla en el puño, tal vez en espera de aquella señora que «a noite baixa por lo areal», y que no es sino la madre del Crucificado; allá son tres ó cuatro hermanitos que, reclinados en un ribazo, se cuentan historias de una princesa enamorada, que bien puede ser aquella Rosalinda tendida en lecho de rosas «de color da neve». Siempre la majestad prematura, la dignidad campesina en flor, la presciencia de lo grande en lo corto y simplemente pequeño: Galicia, en fin, que es una niñez de horizontes de azul y amaranto, que desde el origen y la cuna sufrió y resignada espera.



Descubríos: pasan los niños; pasan los hijos de la tierra dolorida, vilipendiada, que, acaso mañana, purgarán nuestras culpas derramando su sangre inocente; que tal vez nos perdonarán nuestros extravíos

y concupiscencias arrojando su benevolencia sobre las losas que han de cubirnos; que, de seguro, hallarán la fórmula que ha de resolver los actuales conflictos, y, esculpiendo con su labor una patria nueva, enaltecerán á Galicia inmortal, á la tierra madre

*en que jalan os anxeles é os nenos.*

La Coruña.

### LA RAZA SANA

Uno de los espectáculos más vergonzosos que ofrece Madrid á sus visitantes es el tormento de los animales que tiran de los carros de arrastre; mulas escauálicas, flácidas, *tantus pellis et osa*, se rinden á la abrumadora resistencia de pesos enormes; desfallecidas de hambre, de cansancio, de agotamiento, caen sobre el empedrado en ruidoso y, al parecer, definitivo desplome. Y entonces comienza, en plena población que se llama culta, la bárbara faena. Un patán, un hijo de buena mujer en ocasiones, esgrime una vara de fresno y administra al medio aniquilado animal la paliza más horrenda que imaginaron cabos de vara ni soñaron inquisidores. El solipedo recibe aturdido los golpes en las orejas, en el vientre, en medio del cráneo; alza la cabeza en supremo esfuerzo y la deja caer nuevamente sobre el asfalto con un golpe sordo, capaz de estremecer las más empedernidas entrañas. Un corro de zafios espectadores palmo-tea

ó permanece mudo, en espera de que la mula se levante, alegando que es para ver «en qué para aquello».

Y las autoridades, que casi nunca son madrileñas —dicho sea en honor de la corte—, como no suelen serlo los carreteros, no parecen por parte alguna ó pasan con sus uniformes vistosos luciendo las más escandalosas barrigas que contornearon pinceles flamencos. Son los mismos representantes del «orden social» que toleran los escándalos nocturnos, sin ejemplo en lugar alguno del planeta, ni aun en el más salvaje villorrio; las que no saben evitar que los toros de lidia se desmanden y siembren los paseos de víctimas; las que organizan las verbenas en unión de los taberneros y explotadores de rifas y ruletas; las que no entregan á los jueces á los tahoneros que defraudan, porque les es más provechoso denunciar las tahonas y anular después las denuncias; las que organizan bailes en sus domicilios alguna vez á las tres de la madrugada y detienen á los vecinos que protestan; las que, en fin, ahuyentan de Madrid en el verano á todo el que tiene dos pesetas y no encuentra descanso, ni orden, ni tranquilidad en el lugar en que ha nacido.

La Coruña, que impone cuantiosas multas á los escandalizadores y que ha conseguido que se cumplan en su recinto las Ordenanzas municipales, no necesita adoptar medida alguna para que sean tratados los animales con la piedad y aun el cariño que hacia ellos sienten todos los espíritus de selección. Ante todo, no se ven aquí los pesadísimos armatostes que necesitan cuatro caballerías en absurda reata, criticados no ha mucho por una revista popular

inglesa. Pero lo más digno de observación es que los bueyes no son uncidos por la cornamenta, barbaridad cruel que hace descansar todo el peso de la carga sobre la cabeza y exponer á un quebrantamiento definitivo á las vértebras cervicales del rumiante. Los tirantes son enganchados á un collarín, y la yunta camina desembarazada, suelta, rumiando tranquila, no fatigada y agobiada, como en Madrid, y jamás agujijoneada del modo enconado é inaudito que hace que las pieles de nuestro país sean menospreciadas en los mercados europeos.

Y luego, cuando es preciso detener la marcha para que la yunta descansa, el boyero cuida de colocar bajo la lanza de la carreta un grueso madero, que sirve de puntal; y contempla al ganado con amor, como algo que es prolongación de su hogar y de su familia. Porque la vaca, el buey, la mula y el asno son en la campesina vivienda seres que comparten con el labrador las alegrías y las penas, que trabajan con él, que acompañan á la mujer y que juegan con los rapaces; son, en fin, seres vivos que merecen la conmiseración, el respeto, el afecto sincero á que son acreedores todos los organismos sensibles, que son ornato de la Naturaleza y prueba de la eterna sabiduría que preside á la Creación.

¡Oh, si hubiera triunfado Prisciliano! Condenado por el Concilio, sigue vivo en el instinto galaico. Druída, budhista, cristiano, panteísta y propagador del evolucionismo orgánico y espiritual, se juntaron en el heterodoxo inmortal los fundamentos perdurables de todos los cultos, las esencias invariables de todas las creencias, soldadas en síntesis superior y total por la devoción á la Naturaleza germinadora.

Los animales, como las plantas, como los mismos seres inorgánicos (los ríos, las fuentes, las rocas), tienen su espíritu capaz de perfeccionarse y transmigrar en incesante evolución ascendente. No hay un dios dentro de un buey humilde, como el Apis, ni de un elefante blanco, como el que lleva en sus entrañas al poderoso Brahma; pero todo animal encierra un principio de individuación capaz de sentir y aun pensar y evolucionar en el tiempo y de ejercer sobre los mortales un favorable ó pernicioso influjo. Yo quise explicar esta santidad del animal doméstico en «La vaca muerta». Después de saborear el triunfo de «Misterio», en que se enaltecía á la mujer, al hogar, á la virtud y á los seres inferiores que nos ayudan en nuestras labores cotidianas, tuve que retirar la obra de la escena. No iban las gentes adineradas. ¡Si hubiera sido á las corridas nocturnas, al cinematógrafo truculento de ladrones y policías ó á las luchas de gañanes en cueros!

No importa. Cuando no haya luchas, la dignificación del hogar, el enaltecimiento de la mujer propia, abnegada y doliente, la compasión por los animales domésticos sobrevivirá. Quien hoy nos repudia quizá nos buscará pasados los siglos; porque los hombres no son nada: su gloria es precaria, su nombre un sonido. Pero su labor, cuando es educadora, se incorpora al progreso universal, y lo verdadero, lo justo y lo bello se imponen á las barbaries más arraigadas y acaban por triunfar de todas las estulticias y de todos los atavismos.

El amor á los animales y á las plantas es en Galicia la nota más simpática, más noble y elevada que encuentra el viajero; sólo por ella valdría la pena de

emprender el viaje á esta incomparable región ideal. Yo no sé lo que prepara el Destino á nuestra nación, terminada que sea la espantosa guerra, la hecatombe sin precedentes que desconsuela al género humano. Pero, en la lucha por la existencia, no desaparecen los más fuertes de espíritu; no se extinguen las razas vigorosas ni los pueblos que aciertan á identificarse con las leyes que parecen inescrutables de la vida. Galicia no perecerá; impuso su alta comprensión ideal, su sentimiento de la Naturaleza, su panenteísmo á los celtas, á los romanos, á los suevos, á los árabes, á los cristianos y á los reformadores. Lo impondrá á quienes crean sojuzgarle por haberse apoderado de su territorio. Por eso, mientras rugen Ati-la, y Alarico, y César, y Verangetórix, en el fondo del sepulcro simbólico y renovador de Santiago, Prisciliano sonríe.

La Coruña.

### SANTUARIOS DE PEREGRINACIÓN

Nuevamente ha llevado á Zaragoza la fiesta de la Advocación á millares de peregrinos. Pero ¡qué diferencia entre estos peregrinos que viajan en *sleeping*, se alojan en los más confortables hoteles y asisten á los espectáculos provistos de anteojos prismáticos, y aquellos de antaño que, á pie desnudo, se lanzaban por los caminos enfangados ó polvorientos y sufriendo las inclemencias del sol, de la lluvia, del granizo ó la nieve, caminaban centenares de leguas, alimen-

tados con pan de centeno ó maíz y soportaban todo género de penalidades y aun martirios para llegar rendidos, jadeantes, casi exánimes, desgarradas las vestiduras y flageladas y sangrantes las carnes, á las puertas mismas del Santuario, satisfechos de haber cumplido el piadoso voto y ofrendado tal vez su vida miserable al triunfo de la religiosidad y del patriotismo!

Ser hoy peregrino es harto fácil. Se come y duerme en ruta, y en pocas horas se llega al lugar santo... y no se siente emoción alguna. Luego se regresa y se repiten de coro, á lo sumo, dos ó tres anotaciones del *Baedeker*. Palestina misma tiene ya su ferrocarril, y lo tendrá muy pronto la Meca. ¡Jerusalén, quince minutos! ¡Qué grito tan estridente y tan prosaico! Sin embargo, hay un lugar adonde todavía se acude en España con verdadera fe: es el Pilar de Zaragoza. Nada ha podido quitarle su atractivo, sencillamente porque no tenía otro que la fe misma. Allí no hay montañas abruptas, ni cuevas legendarias, ni prodigios arquitectónicos, ni efectos teatrales. Allí no hay sino una sola cosa magna: el Pilar y, sobre él, el alma de la raza española, buena ó mala, fanática ó creyente, gigantesca ó mezquina; pero iluminada, fervorosa, heroica, mística, inmortal. Y al Pilar no van *turistas*, sino los verdaderos ortodoxos, á postrarse de hinojos y á murmurar su devota plegaria ante la columna incommovible.

\*

Covadonga es la Historia; Monserrat es la Tradición; Santiago es la Civilización española; el Pilar

es la Fe. No puede ser jamás comprendido sino por el creyente, y allí es donde encuentra su ideal abstracto.

Yo he visitado Covadonga; pero no he llegado hasta sus abrupteces en ferrocarril, sino en coche, á caballo ó á pie. Todavía no habían profanado el incomparable panorama las edificaciones poco afortunadas que lo desfiguran con sus lindezas almibaradas y sus alburas de confitería. Libre y hosca se mostraba la gigantesca cueva, á cuyo frente se encrespaban las cumbres y derrumbaderos de Hines, y sobre cuya tenebrosa oquedad se alzaba la cúpula inmensa de la montaña heroica. En su fondo, se infiltraban las aguas del Diva para brotar con ímpetu espumajante y desgajarse, rocas abajo, en rumorosas y lucentes cascadas. Allí, frente á los Picos de Europa, donde rugió, con el osezno, el primer restaurador visigodo, todo se mostraba evocador y grande. No era menester la creencia para que ya la emoción sugestiva llegara á su límite. Allí, todas las voces se apagan, todas las frases se hacen quedas, todas las pisadas, cautas, todas las miradas se atonizan. Covadonga es demasiado grande, y allí donde se perderían como gemidos debilísimos los acordes de mil clarines y el fragor de cien cañonazos, se teme hablar demasiado alto, como si fuera un crimen de lesa idealidad quebrantar el secular y augusto silencio de las moles gigantes de piedras.

Monserrat es distinto. Todo parece allí dispuesto para la plasticidad de la leyenda; Covadonga es Peñayo; Monserrat es Garín. ¿Qué importa que haya ó no existido? Las peñas son más teatrales, almohadilladas simétricamente como las de Prebiskegel y La